

Cuando nos encargaron a mi compañera y a mí el honorable reto de redactar este discurso y representar a mis compañeros se apoderó de mí la responsabilidad (algunos pensarán que más vale tarde que nunca) de ser la voz que resumiese nuestra experiencia universitaria. Hoy ponemos punto y seguido a lo que seguro ha sido la mejor experiencia de nuestras vidas y expresarlo de manera agradecida, elegante e ingeniosa sin resultar “pelota” o superficial se me antoja complicado. No obstante, estoy seguro de que aquellos que me lo encomendaron, como yo, tuvieron en cuenta la filosofía griega, esta vez no tanto a Aristóteles y sí más a Zorba, que resumía sus intenciones en una frase: “Si va a ser un desastre, por lo menos que sea un desastre esplendoroso”. Vamos a intentarlo.

Ya que la mañana va de anécdotas, permítanme retroceder hasta el siglo XX para contar la mía como punto de partida. Sentado delante de la televisión, viendo una retransmisión deportiva boquiabierto, mi madre (que ahora está allí al fondo sentada entre orgullosa y avergonzada) escuchó cómo con la seguridad de un adulto le dije: “Mamá, a mí me da pereza practicarlo, yo lo que quiero es contarlo”. Siempre hemos pensado que la desidia era perjudicial, pero precisamente aquella decisión de jugar a narrar y no ser narrado jugando es lo que hoy nos ha traído hasta aquí. Ahora, en vez de una televisión, me acompañan algunos centímetros más de estatura y esta banda, pero ella es la que nunca me ha abandonado y siempre me ha apoyado; así que para ti, extensible a todas nuestras madres, va el primer GRACIAS con mayúsculas.

Aquel día de mi infancia, como gran parte de nosotros, tuve claro que quería dedicarme a la comunicación. Sabemos que no es una ingeniería, que tal vez no requiere tantas horas o años de estudio

como otras titulaciones, pero si algo nos diferencia de los demás es la pasión. Esa pasión que nos hace levantarnos media hora antes para llegar a clase informados y provoca que no nos acostemos sin estar pendientes de lo que va a ocurrir ahí fuera cuando al día siguiente repitamos el proceso. Algunos pensarán: rutina, y yo les contesto: cuando no sabes qué va a suceder durante los próximos 30 segundos en tu profesión, la rutina se queda junto a aquella televisión sin TDT y una gruesa capa de polvo que cubre a las dos para siempre.

Cumples 18 años y escondidos de entre las piedras comienzan a asaltarte los tópicos: ya puedes votar, ya puedes conducir, ya puedes ir a la cárcel (esto depende de para quién), pero también tienes edad para ir a la Universidad. Llega el momento de romper el cascarón del colegio para tomar la decisión más difícil hasta el momento: dónde formarse para ser el mejor. Después tendremos oportunidad de probar bebidas de verdad, pero antes vamos a meter en una coctelera la formación, la educación, las instalaciones, el grupo humano, las posibilidades futuras y las ganas de aprender los unos de los otros. Agitemos mentalmente. Mi cóctel se llama Universidad CEU San Pablo y si lo han saboreado conmigo es que hicimos la elección correcta hace cuatro años.

Durante este tiempo, solo tengo palabras de agradecimiento para todos aquellos que pese al calor, al frío, los horarios y los dispositivos móviles han querido que fuésemos partícipes de todo lo que ellos ya saben. El profesor es ese taburete que se presta a que te subas en él para alcanzar aquello te propones. Sin su ayuda, conversaciones y consejos, nuestro objetivo sería utópico por mucho que estiremos el brazo. Superada mi adolescencia descubrí que era marxista, pero de Groucho, no de

Karl, justo a la vez que entrar en un despacho dejaba de ser sinónimo de reprimenda. El intelectual de bigote pintado y gafas de pasta diría que “fuera del perro, el libro es el mejor amigo del hombre; dentro del perro, tal vez no haya suficiente luz para leer”. Solos no habríamos podido, así que por enterrar el mito de que el profesor es el enemigo e iluminar nuestro canino camino, gracias.

Ahora llega lo más complicado, enfrentarse a un mercado laboral crítico que espera con los dientes afilados y no con un cóctel de bienvenida. Todos somos conscientes de la crisis que nos azota, pero nosotros tenemos la obligación de verla como una oportunidad. Es momento de poner en práctica la innovación, de emprender, pasar más tiempo bajo la lluvia y menos al lado de la estufa; es momento de demostrar que nuestra generación tiene algo que decir para ridiculizar a aquellos que dicen que no estamos dispuestos a trabajar. Ha llegado la hora de demostrarlo y no solo eso, ha llegado la hora de clamar que somos los estudiantes mejor preparados de la historia.

Antes, mientras estudiábamos, hemos tenido que absorber lo que te aportan las cuatro paredes de la facultad y también acumular una experiencia profesional complementaria, pero vital. Aquí es donde ponemos en juego esa balanza metafórica y la solución siempre fue el equilibrio: ni excelencia sin experiencia, ni catástrofe académica por exceso. La Universidad te permite gestionar esta exigencia para conocer cómo es un medio de comunicación en la teoría y en la práctica, por dentro y por fuera.

Si hablamos de Universidad, de medio de comunicación, de experiencia inenarrable y de tiempo bien aprovechado, no me

puedo resistir a nombrar la plataforma multimedia de la Facultad: OnCEU.es. Ellos, mientras nosotros celebramos, están trabajando. Y ese compromiso que allí me han enseñado es el que hoy me tiene delante de este micrófono. Hemos aprendido juntos a llevar una doble vida: la de periodista y la normal, hemos sufrido, hemos visto pasar el éxito y el fracaso, pero sobre todo: hemos aprendido que nadie es imprescindible y por eso, cada día tienes que volver a reinventarte. Gracias a todo mi equipo y a mi director y mentor Álvaro que, como mi madre, estará mitad sonrojado mitad sonriente. No sé qué vais a hacer sin mí el año que viene...

Tengo el miedo a olvidarme de alguien, exactamente igual que cuando un actor recibe una estatuilla. Cuando agitábamos en la coctelera el grupo humano, ahí tengo que incluir a mis compañeros. Todos nos llevamos amigos para toda la vida cuando uno pensaba que tus amigos estaban fuera y que dentro solo te ibas a encontrar competencia desleal. Nos hemos tenido que despertar mutuamente en días de examen, nos hemos tenido que tranquilizar ante momentos de agobio, nos hemos tenido que motivar para aprobar alguna asignatura, pero ante todo, nos hemos tenido. Ha sido un placer compartir 4 años con vosotros y aunque parezca mentira, se echará de menos madrugar para veros en clase, en la cafetería o en reprografía fotocopiando apuntes.

No quiero extenderme mucho más. 4 años, 48 meses y 1460 días que se han pasado en un suspiro y que en un abrir y cerrar de ojos nos traen hasta aquí desde ese primer y tímido día que todos recordamos. Por el camino, un sinfín de recuerdos que quedan grabados a fuego para siempre. En BladeRunner, mi película de cabecera, el agonizante replicante Roy pronuncia

unas maravillosas últimas palabras: "He visto cosas que vosotros no creeríais. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia". Mis palabras se perderán como lágrimas en la lluvia y al final, Roy sentencia con un "es hora de morir". Yo creo que es hora de volver a nacer y si nuestra placenta ha sido la Universidad CEU San Pablo, todo es mucho más sencillo. Gracias y hasta siempre.